

# Arquitectura Religiosa

## actual

### A R Q U I T E C T U R A

Miguel Fisac

Arquitecto

**L**a construcción de iglesias es el problema arquitectónico de más palpitante actualidad. Las revistas profesionales de todo el mundo, en los dos o tres últimos años, le dedican números monográficos y los más famosos arquitectos ensayan nuevas soluciones.

Para hablar de este tema nos hemos reunido unos cuantos arquitectos españoles.

Hemos estado de acuerdo en la actualidad del problema y en que aún no está cuajada una expresividad arquitectónica religiosa propia de nuestro tiempo, pero, por unanimidad, creo que no hemos pasado de esas apreciaciones generales.

No pretendo en este artículo presentar una imparcial visión general de este cambio de impresiones. Citaré las opiniones de interés que recuerde, esté o no de acuerdo con ellas, y presentaré después mi particular punto de vista en este problema, con la humildad verdadera de saber que el tema rebasa mucho mis fuerzas y conocimientos, pero también con el deseo de poner a contribución todo mi entusiasmo.

**C**omo es justo que cada palo aguante su vela, conviene hacer referencia a situaciones anteriores a este actual estado de cosas.

La ocasión arquitectónica excepcional que se ha presentado en España al tener que reconstruir y construir nuevos templos, en los últimos años, no ha estado ni en calidad ni en entusiasmo a la altura que exigía aquel sublime heroísmo cristiano de los mártires que produjo la revolución marxista.

España se ha llenado de iglesias de reciente construcción, pero sin actualidad, sin sangre, sin espíritu. Las han construido hombres sin ilusión. No podemos agradecer de esta época ni una referencia, ni un tanteo de descubrimiento. Tenemos que empezar desde el principio estudiando y analizando lo que se ha hecho fuera de nuestras fronteras por católicos o protestantes y partir de cero con toda humildad, con la duda de lo desconocido, pero con la alegría de los que obran con recta conciencia.

**T**al vez esta anterior actitud, que queda dibujada en el panorama del arte y de la arquitectura religiosa de estos años precedentes, es lo que hace opinar a Sáenz Oiza que el problema del templo—y de la ausencia del templo como forma de arquitectura—es un sencillo problema de espiritualidad.

Sólo surgirán templos nuevos cuando el hombre y la sociedad se afanen por buscar a Dios y por necesitarle. Entre tanto—esperemos que este intermedio sea breve—, no hay más templo—falso templo—que el campo de fútbol, la torre de oficinas o la casa del Dinero.

Sota enfrenta dos actitudes límite. Una de ellas, la suya, romántica, en la más noble acepción de la palabra, en la que lo material, la técnica, la construcción, se acepta con facilidad como buena y donde todo el esfuerzo se concentra en desencarnar, en crear el “climax” más altamente espiritual que sea posible; casi sin materia y sin forma. Para él, la otra actitud extrema, la renacentista española, de muchas imágenes y Cristos sangrantes, es una actitud defendible. Después dice: “Existen las intermedias, pero son eso, las intermedias.”

Fernández del Amo advirtió que esta falta de criterio que se observa en la arquitectura religiosa de hoy responde a la libertad que tiene su programa.

Es difícil—dice—al hacer un proyecto de un hospital, por ejemplo, el salirse de unos ciertos cánones rígidos que nos ha impuesto el complicado programa material necesario para el feliz funcionamiento de esta clase de edificios. Pero, sin embargo, en una iglesia, el programa material es una parte secundaria y queda a la apreciación subjetiva del proyectista la parte más importante; los factores inmateriales que han de intervenir en el resultado final del edificio.

Esta apreciación de las posibilidades de libertad que hemos discutido han hecho vibrar y exponer su punto de vista a un alumno de la Escuela, Fernando Higuera, que, silenciosamente, asistía a estas conversaciones. Reacción contra la frialdad deshumanizada de una arquitectura racionalista; contra la primacía de la función sobre la belleza; de la tiranía del purismo frío a lo Mies van der Rohe o de la estética aséptica de Mondrián.

Como resumen se podría decir que en estas conversaciones ha habido una notoria inclinación a plantear el problema a lo latino; mas pasional que intelectualmente.

La ingeniosa intervención erudita de algún académico nos resultaba exterior y lejana del momento y del problema.

**M**is apreciaciones personales sobre la arquitectura religiosa actual no son consecuencia de la especulación, ni de la erudición y el estudio. Utilizando un símil muy español podría decir que mi visión de este tema es la del hombre que está en el ruedo; no del que ve los toros desde la barrera.

Defino la arquitectura como un trozo de aire humanizado y una iglesia sería algo más; un trozo de aire sagrado, un trozo de aire en donde el hombre se incline, por el ambiente material, sensorial, que le rodea, a ponerse en contacto con lo sobrenatural; con deseo de acercarse a Dios.

Creo que para nosotros, arquitectos católicos de hoy, el problema de la arquitectura religiosa tiene esta triple cualidad: sagrada, cristiana, actual.

Los hombres de todos los tiempos han sentido la necesidad de crear unos espacios sagrados, unos espacios en donde el hombre se sienta irresistiblemente atraído hacia la comunicación con Dios.

Este planteamiento tiene hoy completa vigencia, pero es necesario reconstruirlo a la medida de las características especialísimas de nuestra mentalidad. No nos sirven, nos parecen ingenuos, los métodos plásticos que en general utilizaron los hombres, a través de la Historia, para conseguir el ambiente de lo sagrado. Es evidente, pues, que no podemos pretender encontrar este sentido plástico de lo sagrado actual por los métodos antiguos, más o menos escenográficos, sorprendentes y fantásticos con que lo consiguieron o pretendieron conseguirlo otras generaciones. La

escenografía actual, el cine, la T. V. y otros tantos adelantos técnicos han llegado mucho más lejos por ese camino de lo maravilloso de lo que los hombres de otras épocas pudieron imaginar y llenan hoy nuestra vida vulgar. Las maravillas electromecánicas no pueden proporcionarnos emoción religiosa. Han venido a ocupar los lugares más subalternos de nuestra vida: en la cocina o en los aseos.

Nada fantástico que podamos construir nos podría sobrecoger religiosamente. Nos encontramos, por primera vez, ante la necesidad de crear un ambiente sagrado no sólo distinto del de otras épocas, sino incluso opuesto.

No están aún definidos los medios plásticos que cuajarán como definitivos en este proceso de expresar lo sagrado en nuestros días, pero las circunstancias especiales en que nos encontramos hacen prever que se han de utilizar unos medios que podríamos llamar antifantásticos, sin trucos teatrales, de crudísima sencillez, que nos den, por contraste de la fantasía maquinista de la civilización que nos rodea, una posición real del hombre: de su alma desnuda ante Dios.

**L**a creación de recintos sagrados es un problema común que se le presenta a toda la humanidad creyente de nuestro tiempo. Un paso más nos sitúa ante las características específicas que ha de tener una iglesia, un templo cristiano, católico.

No se trata de crear un recinto sagrado, un trozo de aire que ayude a los hombres a acercarse a Dios. En la iglesia católica el problema es mucho más concreto, más definido. Se trata de crear un recinto para una comunidad de fieles, para la asistencia corporativa al sacrificio de la Misa. Este carácter específico del templo católico debe darle también unas características especiales y concretas.

Para mí, y es una opinión personal que, como dije al principio, ha surgido de la necesidad de estudiar varias veces el problema, esa característica sustancial y distintiva del templo católico es su dinamismo: el movimiento casi material del ambiente, del aire, hacia el altar.

Una iglesia católica creo que no es sólo un trozo de aire sagrado. Es un trozo de aire sagrado en movimiento. Es un recinto dinámico; dinamismo que es consecuencia de la realidad viva del Sacrificio del Altar, de la incorporación de los fieles al sacrificio, de la Comunión de los Santos, de la presencia real de Jesús en la Eucaristía.

La otra faceta, la que sitúa el problema en el momento que vivimos, es una consecuencia de la vida temporal de la Iglesia; actual en los primeros siglos del cristianismo; actual en la Edad Media, en el Renacimiento, en el barroco, en la arquitectura de hoy y en la arquitectura de mañana. Sin pararse, sin estereotiparse, con la expresión sincera de lo que se entiende en cada momento por sagrado, de cómo se vive el cristianismo, utilizando todos los medios lícitos de cada momento como el mejor homenaje a Dios.

**L**os métodos plásticos que se han utilizado en otras épocas de la Historia para conseguir lo sagrado no nos sirven, en general, ya que pretenden una arquitectura que parezca maravillosa, ultraterrena. Nos repugnan por irreverentes, por falsos, ante la autenticidad del misterio sobrenatural de la Fe en que vivimos, los efectos de luces eléctricas en los altares, los retablos ampulosos, los rompimientos barrocos.

Hay que reconocer que hay gentes, que conviven con nosotros, y que les gustan y les conmueven estas cosas... Me atrevería a decir que la razón del por qué a esas gentes les gustan todas estas cosas pasadas es, tal vez, porque su mentalidad no ha pasado del siglo XVIII o XIX.

En una rápida visión panorámica del desarrollo y evolución de la arquitectura cristiana vemos que los conceptos estéticos del arte paleocristiano y del románico, el primero, en su des-

nuda liturgia de urgencia, y el segundo, en su tosco tecnicismo arquitectónico, nos gustan hoy probablemente por su autenticidad, pero hay que tener en cuenta que para aceptar esa autenticidad hay que retrotraerse a aquellas épocas históricas y aceptarlas hoy como actuales sería refinada falta de autenticidad, ya que ni las circunstancias sociales, ni culturales, ni técnicas, convergen a esos resultados. Sin embargo, otras arquitecturas cristianas como la bizantina, gótica, renacentista, barroca o neoclásica, más cercanas a nosotros, chocan más fuertemente con la mentalidad religiosa actual, porque no podemos olvidar que en esa concatenación de maneras de concebir un templo católico, con más o menos sentido religioso y espiritual, ha habido más de un siglo de absoluta interrupción que se ha llenado de una forma fría y protocolaria con un eclecticismo muerto. Hoy, ante un hecho real histórico, que podríamos llamar de Fe poscientífica—no quiero decir que haya habido una interrupción de la fe religiosa individual, sino que ha habido un vacío en la consideración social y colectiva de la religión—, el problema religioso ha vuelto a ocupar el lugar de honor que le corresponde en la sociedad.

Hoy, delimitados los campos científicos y religiosos que enturbiaban la situación filosófico-religiosa de otras épocas, se nos presenta un panorama nuevo, en nada parecido al de otras épocas anteriores y que exige una completa y profunda revisión de los conceptos y posibilidades arquitectónicas e iconográficas.

¿Con qué elementos contamos hoy para comenzar un nuevo camino en la arquitectura religiosa? Nos gustan, como ya hemos dicho, la sinceridad de la arquitectura paleocristiana y románica. Hay otras concepciones en las arquitecturas religiosas como la de una religión tan elemental y primitiva como el Sintoísmo, que tiene, sin embargo, algunos elementos aprovechables. Tal vez el principal sea una profunda humildad del hombre ante el misterio de lo sobrenatural. Esa humildad que hoy no nos cuesta trabajo aceptar y que al petulante científicismo del siglo XVIII o XIX le era muy difícil comprender. Un templo sintoísta es sencillamente un jardín, lo más bello posible, y un pequeño templete con un marco sin cuadro o con un espejo, simbología de lo que no se puede expresar.

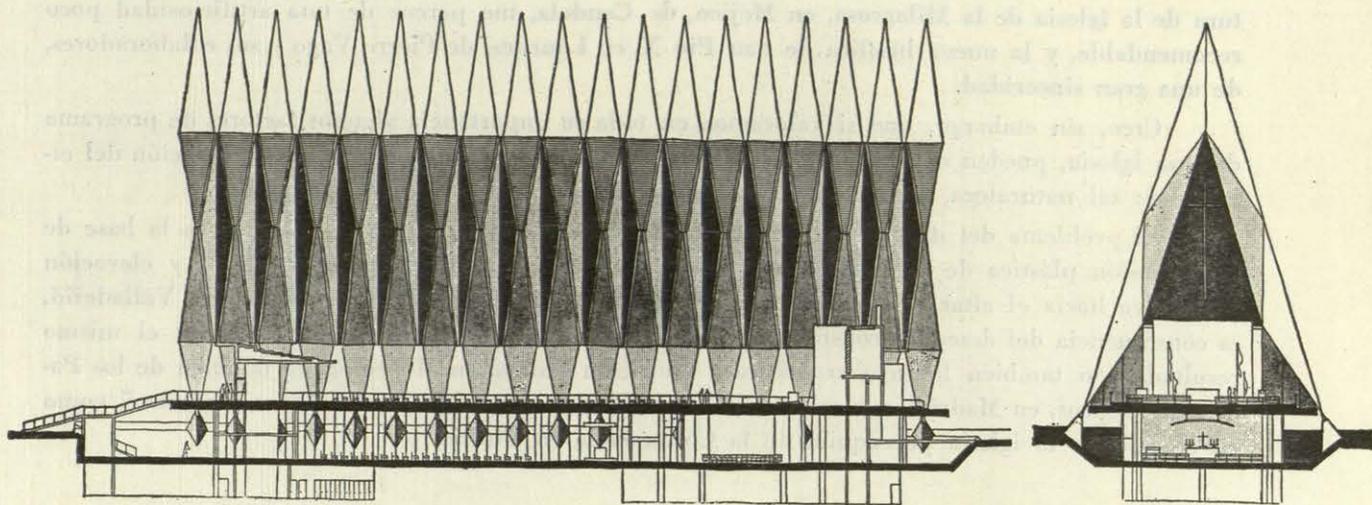
Un tanteo sobre esta misma orientación es la reciente capilla de Kaija y Heikki Siren, en Finlandia.

Hemos de utilizar también y cristianizar, lo mejor que sepamos; los repertorios plásticos de que disponemos para intentar conseguir nuestro propósito, en espera de que vaya surgiendo un arte cristiano desde su origen. El arte abstracto, arte típico de nuestro tiempo, nos puede proporcionar un amplio repertorio de armonías, de color y textura que sin milagrerías técnicas pueden conseguir una ambientación distinta a la de los recintos arquitectónicos para otros usos. Es perfectamente posible, de otra parte, que la libertad expresiva del arte abstracto pueda proporcionarnos versiones que puedan parecernos religiosas, como nos parecen religiosas también simples armonías de sonidos que no tienen ningún expresivismo descriptivo.

Hay una tendencia, que se apunta sobre todo en Norteamérica, en la nueva iglesia de la Academia Militar de Colorado de Skidmore, Owings y Merrill y en la recientemente terminada de Harrison y Abramowitz, que me parece peligrosa y falsa.

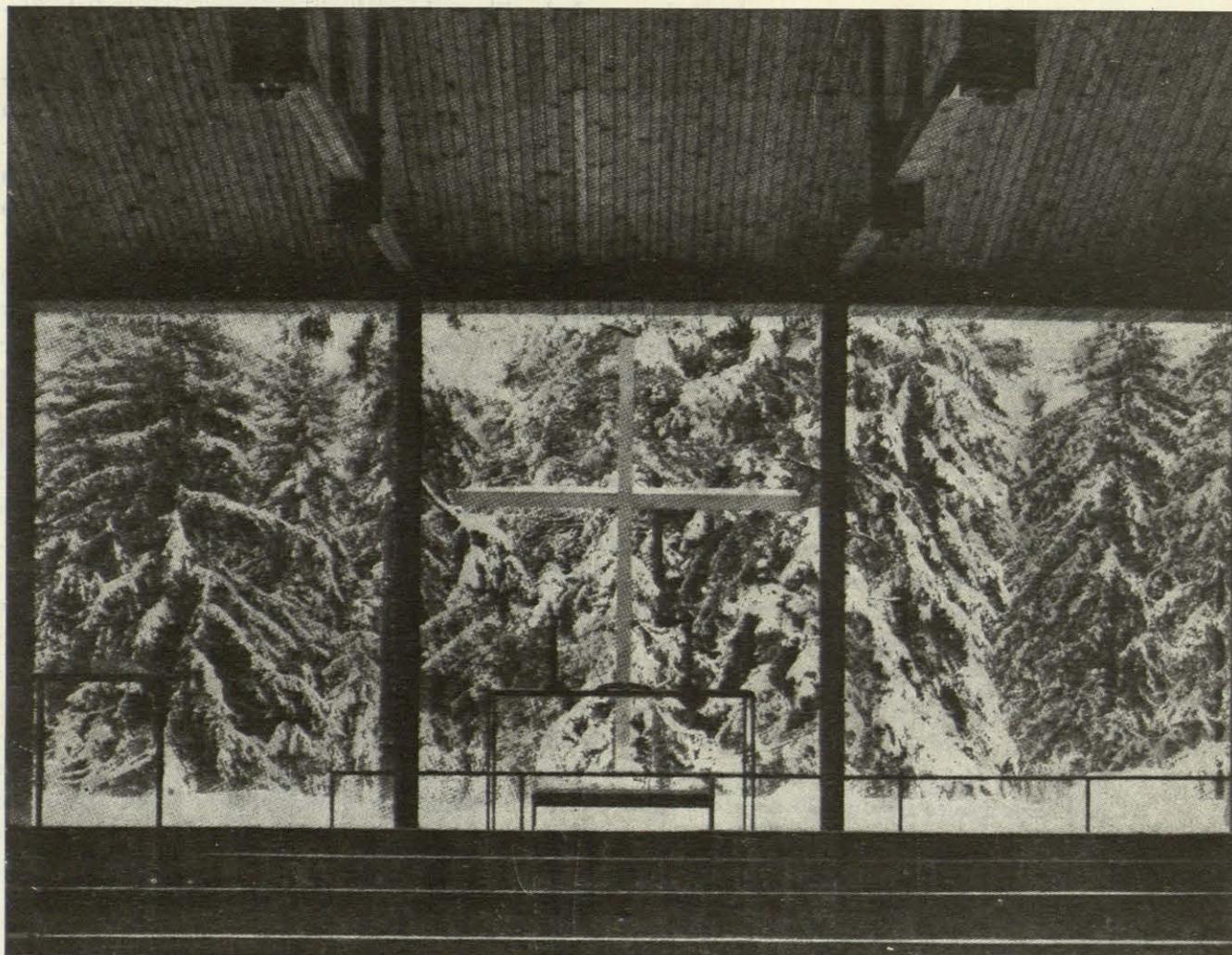
Que en otras épocas el problema de crear un gran espacio para la reunión de fieles motivara, técnicamente, unas soluciones que definieran los recintos sagrados con singularidad, ya que no era necesario en casi ningún otro programa espacios tan amplios, no quiere decir que hoy el estricto problema técnico de cubrir el espacio de una iglesia haya de ser distinto que cualquier otro que en cuanto a problema espacial tenga similitud con ella. Una iglesia tiene una singularidad programática única, pero no en cuanto a problema técnico de necesidad de cubrir un espacio.

El buscar unas formas extrañas, generalmente antieconómicas, y forzosamente antilógicas, ya que en otro caso estas estructuras se aprovecharían para el resto de los problemas técnicos que se presentan, es una falta de sinceridad que repugna a esa tendencia de veracidad que es, a mi entender, la característica esencial del arte religioso de nuestro tiempo. En este sentido la estruc-



*Nueva iglesia de la Academia Militar de Colorado. Arquitectos: Skidmore, Owings y Merrill. La artificiosidad de la estructura está tan ostensiblemente manifestada, que produce la misma repugnancia religiosa que cualquiera de las obras más ampulosas del barroco o del rococó.*

*Capilla de los arquitectos Kaija y Heikki Siren, en Finlandia. En esta iglesia, de una marcada humildad arquitectónica—no pobreza ni falta de cuidado—, se procura rodear al símbolo de la Cruz de una naturaleza virgen, como cediendo al Creador la noble ornamentación del altar. Solamente se podría hacer notar un cierto peligro de panteísmo.*



tura de la iglesia de la Milagrosa, en Méjico, de Candela, me parece de una artificiosidad poco recomendable, y la nueva basílica de San Pío X, en Lourdes, de Pierre Vago y sus colaboradores, de una gran sinceridad.

Creo, sin embargo, que si valoramos en toda su importancia algunos factores de programa de una iglesia, pueden existir, y de hecho existen, en casi todos los casos, una disposición del espacio de tal naturaleza, que lo singularizan de cualquier otra construcción civil.

El problema del dinamismo de una iglesia católica, del que ya he hablado, es la base de la expresión plástica de las iglesias proyectadas por mí. La convergencia de muros y elevación progresiva hacia el altar de suelo y techo en la iglesia para los PP. Dominicos, en Valladolid, es consecuencia del deseo de conseguir ese dinamismo hacia el altar, y para obtener el mismo resultado son también la fuga cromática y elevación central en el Teologado también de los Padres Dominicos, en Madrid, o la solución de muro envolvente, lo que llamo "muro dinámico", como en el caso de la iglesia parroquial de la Coronación, en Vitoria.

**N**o quiero terminar estas notas sin afrontar el pe-  
liagudo problema de la imagería.

Podríamos preguntarnos: ¿Son hoy necesarias las imágenes? ¿Son deseables? ¿Qué características han de tener?

Tres estimo que son las causas que han motivado la iconografía.

Una de ellas es la necesidad, en otras épocas, de servirse de las imágenes como medio pedagógico para que los fieles adquieran la ilustración necesaria de su Fe. El nivel medio de cultura actual hace innecesario este medio, ya que los fieles pueden adquirir esa ilustración por medios más precisos y concretos, como son la lectura de los libros de apologética y, en general, de la literatura religiosa, e incluso medios plásticos por la stampa, el cine, la T. V., etc.

Otra causa que motivó en algunas épocas la iconografía—es triste reconocerlo—fué exclusivamente decorativa. En una construcción renacentista la imagen religiosa y la estatua en un edificio civil tenían una razón eminentemente decorativa, y en el barroco y el neoclasicismo Santos y Vírgenes sustituían a diosas paganas y estatuas simbólicas de los edificios civiles. En una iglesia se colocaba en un nicho a Santa Bárbara y en un palacio una estatua similar de Ceres o de Diana, o una representación de la Justicia o de la Prudencia.

Hay, por último, otra causa propiamente religiosa de la iconografía, la auténtica, la de utilizarla como vehículo sensorial para acercarnos a Dios en la oración. No hemos de confundir esta sana misión de las imágenes con otra práctica bastante extendida en España, de la adoración fetichista a alguna imagen, que por supuesto es una desviación del recto sentido religioso y que se debe eliminar.

Si en este momento a muchas gentes que tienen una piedad fuertemente vinculada a la imagería se les suprimiese este medio, podría ocasionárseles un fuerte choque en su religiosidad. Por eso, creo, que el medio de llegar a la ideal solución ha de hacerse paulatinamente. Ha de sustituirse esa piedad eminentemente plástica por otra, más recia, Litúrgica y Eucarística y, entonces, será muy fácil llegar a una simplificación de la expresividad iconográfica reducida, probablemente, al Crucificado y alguna imagen de la Virgen. Mientras tanto, habría que intentar alguna solución semejante al "tokonoma" de las casas japonesas en donde, en un lugar digno—nunca en el altar—pudieran colocarse algunas imágenes que respondieran a los ciclos de la liturgia católica, que fueran acostumbrando a los fieles a unas prácticas más auténticamente sobrenaturales. Aunque, como hace notar el Dr. Roig, en este mundo actual, tan excesivamente cargado de la imagen humana en los periódicos ilustrados, en el cine, en la T. V., etc., tal vez no sea muy a propósito este medio para conseguir nuestro acercamiento a Dios. Cabría la posibilidad de pensar que, muy posiblemente, la misión que ha tenido la iconografía en otras épocas, por nuestras circunstancias especiales, pueda hoy dárnosla "el silencio de la imagen", la abstención de ellas.